

Homilía de Cuarto Domingo de Pascua

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Yo y el Padre somos uno”

Introducción

En el domingo anterior los discípulos, representados por Pedro, eran investidos por la autoridad del Resucitado para la misión apostólica como pescadores de hombres y pastores del rebaño (Jn 21). Hoy la liturgia da un paso más: ¿en quién han de inspirarse los seguidores de Jesús en su ejercicio del ministerio pastoral? En un contexto de controversia cristológica con los judíos —en el que emerge de fondo la acerada crítica profética contra aquellos pastores del pueblo que se comportan como ladrones, salteadores y mercenarios—, aparece la figura contrastante y ejemplar de Jesús, el buen pastor identificado con sus ovejas que vive en comunión íntima con su Padre.



Fray Juan Huarte Osácar
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 13, 14. 43–52

En aquellos días, Pablo y Bernabé continuaron desde Perge y llegaron a Antioquia de Pisidia. El sábado entraron en la sinagoga y tomaron asiento. Muchos judíos y prosélitos adoradores de Dios siguieron a Pablo y Bernabé, que hablaban con ellos exhortándolos a perseverar fieles a la gracia de Dios. El sábado siguiente, casi toda la ciudad acudió a oír la palabra del Señor. Al ver el gentío, los judíos se llenaron de envidia y respondían con blasfemias a las palabras de Pablo. Entonces Pablo y Bernabé dijeron con toda valentía: «Teníamos que anunciaros primero a vosotros la palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor: “Yo te pongo como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el confín de la tierra”». Cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron y alababan la palabra del Señor; y creyeron los que estaban destinados a la vida eterna. La palabra del Señor se iba difundiendo por toda la región. Pero los judíos incitaron a las señoras distinguidas, adoradoras de Dios, y a los principales de la ciudad, provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron del territorio. Ellos sacudieron el polvo de los pies contra ellos y se fueron a Iconio. Los discípulos, por su parte, quedaron llenos de alegría y de Espíritu Santo.

Salmo

Salmo 99, 2. 3. 5 R/. Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño.

Aclama al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. R/. Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño. R/. «El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades». R/.

Segunda lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 9. 14b-17

Yo, Juan, vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y uno de los ancianos me dijo: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo. El que se sienta en el trono acampará entre ellos. Ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está delante del trono los apacentará y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos».

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 10, 27-30

En aquel tiempo, dijo Jesús: «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me ha dado es más que todas las cosas, y nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno».

Pautas para la homilía

Escuchan mi voz y me siguen

El verdadero pastor conoce a sus ovejas y éstas le escuchan y le siguen. Bella imagen para expresar las relaciones de Dios con su pueblo, reivindicadas ahora por Jesús, el pastor bueno. Es el mismo Dios quien habla con el lenguaje parabólico de la acción mostrando en Jesús su inagotable querencia por el hombre y su complicidad en la aventura humana. Desvela así, en amorosa connivencia, su auténtica identidad mesiánica.

Escucha y seguimiento: dos actitudes que definen en el pueblo de Dios la acogida de aquel “sígueme” del Señor a Pedro (domingo anterior), que certifican y revalidan la autenticidad de su fe en el pastor. Jesús no es un extraño para los suyos: porque comparte su vida, confían en él. Para los incrédulos no tiene otras palabras que las de su testimonio veraz: “si no hago las obras de mi Padre, no me creáis” (10, 37).

Yo les doy la vida eterna

El que se compadeció de nuestras flaquezas aceptando incluso la muerte en la cruz no es otro que el gran Pastor resucitado por Dios y convertido en causa de salvación eterna para cuantos creen en él (Heb 5,9). Pero no resulta nada fácil creer en la oferta de Vida de un Crucificado, aunque haya dado la vida por sus ovejas. ¿No comentaban los propios familiares de Jesús que “estaba fuera de sus cabales”? (Mc 3,21). “¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo?”, le reclamaban sus contemporáneos. Dinos quién eres.

Ocorre lo mismo en nuestros días. Al hombre mundano le cuesta mucho captar las cosas del Espíritu de Dios, pues carecen para él de sentido y no puede entenderlas (1 Cor 2,14). Acostumbrado a caminar con la mirada a ras de tierra, bajo el angosto horizonte de sus miopes preocupaciones inmediatas, ¿cómo discernir y abrazar los insondables caminos de Dios conducentes a la vida eterna? Aunque resulte atractiva y fascinante la promesa del pastor a sus seguidores: “no perecerán jamás ni nadie les arrebatará de mi mano”, ¿no será demasiado utópica e irrealizable? ¿Cómo creer de verdad y arriesgarse a seguir sus pasos?

Yo y el Padre somos uno

Jesús actúa en nombre de Dios, porque su vida está sustentada en Él. Esa es la razón última y definitiva para creer en él y seguirle. Sus palabras denotan convicción y consistencia. Sus obras remiten al misterio unitario de comunión con su Padre Dios, donde encuentran su fortaleza. No hay lugar para el temor, porque nadie puede arrebatarle lo que el Padre le ha confiado. Están todos en sus manos, bajo su protección y dependencia.

Es justamente esta unidad de poder y acción entre el Padre y el Hijo la que prescribe a su vez las relaciones entre el Hijo y los hombres, entre el pastor y su rebaño. De ahí la oración de Jesús al Padre: “Que sean uno como lo somos nosotros” (17,11). Sabe que esta unidad comunicada a los creyentes constituye la mejor defensa del rebaño contra los lobos rapaces.

Resuena de nuevo el evangelio del domingo pasado: aunque la red está llena de peces, símbolo de la diversidad y universalidad de la comunidad cristiana, no se rompe. Es la imagen que mejor condensa la primera y más importante misión de todo pastor: atraer a todos en Cristo Jesús sin que se disgregue el rebaño.



Fray Juan Huarte Osácar
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Evangelio para niños

IV Domingo de Pascua - 25 de abril de 2010



El Buen Pastor

Juan 10, 27-30

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús: - Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno.

Explicación

En este evangelio, Jesús es presentado por los primeros cristianos como un Pastor Bueno. Y lo es porque nos conoce, nos quiere, le seguimos y apreciamos su voz. Es más, sabemos que dio su vida por nosotros, y que allí donde vayamos, nos acompañará. Es un Pastor Bueno, porque se desvive por sus ovejas.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Cuarto domingo de pascua –C- (Jn 10, 27-30)

Narrador: Voy a contaros una conversación que mantuvo Jesús con un grupo de judíos en el Templo de Jerusalén durante la fiesta de la Dedicación.

Niño1: Yo conozco algunas fiestas judías, pero nunca oí hablar de la fiesta de la Dedicación. ¿Qué se celebraba en ella?

Narrador: Se celebraba la purificación del templo, que llevó a cabo Judas Macabeo allá por el año 164 antes de Cristo. Había sido profanado por Antíoco IV, rey de Siria, cuando conquistó Jerusalén.

Niño2: Los enemigos del pueblo judío debían de tener manía al Templo.

Narrador: El Templo representaba muchísimo para los judíos, pues su historia y su vida personal giraban en torno a él.

Niño1: ¿Y qué hicieron los que conquistaron el templo?

Narrador: Quitaron las costumbres judías e impusieron el culto a Júpiter Olímpico. Pero dejemos a un lado la historia y veamos lo que nos cuenta el Evangelio. Jesús se paseaba por el pórtico de Salomón, en el templo. Un grupo de judíos le rodeó y comenzaron a preguntarle.

Niño 1: ¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspense? ¿Eres tú el Mesías?

Niño 2: ¿Eres tú el que esperamos o tenemos que esperar a otro?

Jesús: Os lo he dicho y no me habéis creído.

Niño 1: ¿Quién da testimonio de ti? ¿Quién te respalda?

Jesús: Las obras que yo hago. Si no creéis en mí, creed en mis obras.

Niño 2: Todos obramos en este mundo por alguna razón. ¿En nombre de quién obras tú?

Jesús: En nombre de mi Padre que está en los cielos.

Judío1: ¡Eso no puede ser, estás mintiendo! ¡Cómo vas a ser tú Hijo de Dios! Ya ves que nosotros no creemos en ti.

Jesús: Porque vosotros no sois de mis ovejas.

Judío2: ¡Aclara eso, vamos, acláralo!

Jesús: Es fácil de entender. Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen.

Niño 1: Nadie sigue a otro sin recibir nada. ¿Qué les das tú a tus ovejas?

Jesús: La vida eterna.

Niño 2: ¿Eterna? Seguro que esas ovejas pronto morirán. O cualquiera te las arrebatará de las manos. Es la ley de la selva, amigo.

Jesús: Ni perecerán, ni nadie las arrebatará de mis manos.

Niño 1: ¿Por qué estás tan seguro? ¿Quién te dio esas ovejas?

Jesús: Esas ovejas me las dio mi Padre.

Niño 2: ¿Y por qué no te las podemos quitar?

Jesús: Porque nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre, ya que Él es más que todas las cosas.

Niño 1: ¿Qué relación tienes tú con el Padre? ¿Tan unido estás a él?

Jesús: Amigos, yo y el Padre somos uno.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández